

*El Partido de la Revolución. Institución y conflicto (1928-1999)* es un libro de historia política. Este lector, interesado en los ámbitos del pensamiento, extraña un poco de eso, si es que en historia política hay pensamiento. Los tres autores son muy capaces para detectar el realismo político del tema y lo desarrollan a la perfección a partir de una comprensión muy satisfactoria del problema y de un aprovechamiento muy loable de fuentes orales y escritas. Las fuentes, con ellos, no hablan por sí solas. Son los autores quienes les dan sonido. Volviendo al punto, este reseñista extraña la poca atención al asunto ideológico. Finalmente se trata del partido que constituyó su ser como partido de la Revolución. Hay en su historia una historia del discurso tanto en la afirmación del partido como en la crítica de sus adversarios. Es un recurso no explotado en este libro de manera suficiente. Con la contribución de González Compeán, Lomelí y Salmerón Sanginés será factible profundizar en esos aspectos que son los que revisten mayor interés para quien siempre se ha interesado en las llamadas superestructuras. Extraño, por ejemplo, un análisis pormenorizado de la Encuesta Pani, suscitada a partir de la conversión del PRM en PRI y a la que el gran prehistoriador de los partidos políticos, don Vicente Fuentes Díaz, le concedió mucho espacio, mucho peso. En fin, no es congruente censurar la sobra de datos y reprochar la falta de otros. Lo hecho es más que suficiente. Lo interesante es que todavía hay cosas que hacer.

Álvaro MATUTE

Fernando Curiel *et al.*, *El historiador frente a la historia. Historia y literatura*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 2000 (Serie Divulgación, 3).

El presente volumen recoge los textos de ocho conferencias que integraron el ciclo *El Historiador frente a la Historia* (1998), dedicado a analizar, desde diferentes perspectivas, las complejas relaciones entre la historia y la literatura. Los textos incluidos coinciden en la importancia de la novela histórica cuestionando los límites entre historia y ficción, y en la necesidad que tiene el historiador de la literatura para contar bien su relato, elemento este último que se hace indispensable en el importante asunto de la recepción de la obra histórica.

Federico Navarrete, en su artículo “Historia y ficción: las dos caras de Jano”, advierte que tratará de la relación entre historia y ficción como puntos complementarios y necesarios para la comprensión del pasado, para

darle sentido e interpretar nuestro presente y para poder imaginar el futuro. A partir de su novela histórica *Huesos de lagartija*, procede a describir las connotaciones del tiempo de la conquista española y de los cambios sufridos en el mundo de los mexicas. Concede que desde el mismo siglo XVI, tales acontecimientos han dado material para narrar lo acontecido y para brindar una seductora historia, un relato llamativo y emocionante.

Sostiene que, a diferencia de lo dicho por diversos autores, no ha existido realmente una visión indígena de la conquista, “me he encontrado con historias de los mexicas y de los tlaxcaltecas [...], de los acolhuas y de los axochcas”, pero nunca un relato “indígena”. Cada pueblo que vivió la conquista la narró de forma distinta de acuerdo con su suerte. Agrega que para los primeros la derrota fue una catástrofe sin parangón, en cambio los tlaxcaltecas “se sentían orgullosamente triunfadores”. La visión única del mundo “indígena” ha sido el resultado del nacionalismo mexicano y ha sido usufructuado por aquellos que se beneficiaron del triunfo español. La versión trágica de los acontecimientos del siglo XVI produjo la costumbre de celebrar “al indio muerto para cimentar el etnocidio del indio vivo”.

Otro elemento que inquieta a Navarrete es el conflicto entre la voluntad y el destino. Los prejuicios europeocentristas se han reproducido constantemente desde los análisis de Tzvetan Todorov hasta los de Enrique Semo y otros autores. Todos ellos han sostenido que los mexicas no solamente estaban en un estadio inferior de civilización, sino que eran completamente fatalistas, no podían enfrentarse al destino, pues estaban inmersos en una cosmovisión cerrada que no permitía el cambio. Por el contrario, Navarrete sostiene que, de acuerdo con las fuentes, los mexicas y los tlaxcaltecas sí discutieron la naturaleza de los españoles y la manera de enfrentárseles. Esto creó bandos que adoptaron posturas distintas, y en este sentido Moctezuma y Tangaxoan, el *caltzontzi* tarasco, buscaban un acomodo para evitar la destrucción de su pueblo, indudablemente un deber de cualquier gobernante. En cambio a Cuauhtémoc le interesaba la supervivencia de los privilegios de la casta militar mexica (?). Para evitar repetir las versiones trágicas de la conquista, Navarrete admite que inventar una voz indígena le abrió muchas posibilidades y al mismo tiempo riesgos. El personaje de su novela, Cuetzpalómitl, un niño común y corriente, no solamente vio la destrucción de Tenochtitlan y la muerte de su hermano, sino que comprendió que para sobrevivir tenía que cambiar y asimilar lo de los recién llegados. Aprendió español, convenció a los de su barrio en adoptar al nuevo dios y así lograr conservar lo que le importaba: la tierra, la familia

y la comunidad, sacrificando los valores de poder del Estado mexicana y su ideología militarista.

Antonio Rubial García en su magnífico trabajo “¿Historia ‘literaria’ versus historia ‘académica?’” sostiene que el problema de los textos históricos no es el contenido, sino la forma en que son presentados. Antiguamente la historiografía fue considerada como un género literario, pero fue en el siglo XIX cuando afloraron los cambios más representativos. Por un lado la invención de la novela histórica construyó “un puente entre la literatura y la historia”, fue utilizada en México como un medio de difusión y también como un método para enseñar “los valores liberales”. Subraya que por otro lado fue Leopold von Ranke y la escuela alemana los que quisieron darle a la historia pretensiones de cientificidad. A partir de tal disyuntiva se inició una escisión entre la historia científica, que puede llamarse académica, y la literatura de tema histórico.

Rubial establece que la narración literaria es fluida, “sin rupturas que permitan explicar continuamente el uso de conceptos”; en cambio, la narración de la historia académica es fragmentada, pues intercala constantemente explicaciones conceptuales. La historia académica está limitada por una “estructura demostrativa y dedicada al análisis de los fenómenos”. Más aún, una de sus metas esenciales es la de mostrar verosimilitud en lo que dice. A pesar de lo anterior, Rubial agrega que sería tan aventurado sostener que en la historia académica no existe ni la fantasía ni la imaginación, como que en la historia literaria no existiese “rigor en el manejo de fuentes, fidelidad al documento y exactitud en la interpretación”. La literatura no sólo aporta una narrativa amena sino que “contribuye a llenar, si lo hace con apego a la realidad histórica, las lagunas que deja la falta de documentación”.

Los literatos han descubierto que la realidad histórica no tiene límites y que es tal su riqueza que la ficción que los complementa tan sólo ocupa un lugar accesorio. Los historiadores, por su parte, al adentrarse en el campo de la novela, de un guión cinematográfico o de una historieta ilustrada, experimentan con nuevas formas de difundir la historia para un público más amplio.

En la segunda parte de su artículo, Rubial da cuenta de los retos y de las dificultades que tuvo primero al concebir y luego al escribir su novela *Los libros del deseo*. Todo comenzaba con el sorpresivo encuentro de unos documentos que formaban parte de una investigación académica y que de pronto se convirtieron en punto de partida para el argumento de un relato. Varios problemas se presentaron a lo largo de su concepción, des-

tacando el hecho de que el exceso de información y el análisis sobre la sociedad de la Nueva España pudiera resultar en que el relato terminara siendo farragoso, imposible de digerir y que “el trasfondo se comiera a la narración”. Agrega que tal experiencia creadora fue enriquecedora. La novela planteaba concebir una estructura distinta de aquellas que como historiador profesional había desarrollado, esto es, “los hechos debían acomodarse a partir de un nuevo elemento llamado efectividad literaria y no de un requerimiento explicativo o analítico”.

“Historia y literatura: dos ventanas hacia un mismo mundo” es el artículo que la historiadora Nicole Giron presentó para este volumen. Su énfasis está puesto en el siglo XIX mexicano, época en la que los políticos, los militares, los clérigos y el selecto grupo de gente ilustrada, por medio de obras que van desde la novela hasta el periodismo, incursionaron en el género literario. La autora brinda veintiún estudios de distintos personajes que escribieron y mezclaron el relato histórico con la ficción —costumbrista— de la época en que vivieron. Andrés Quintana Roo, el conde de la Cortina, Luis Gonzaga Cuevas, José María Lafragua y Francisco Zarco, entre otros tantos autores, fueron estudiados a partir de sus obras donde la frontera entre literatura e historia es poco clara. Las eruditas notas a pie de página que Giron elabora son una muestra fehaciente de las dos características que la narrativa académica padece, esto es, las interrupciones en el relato y el afán por mostrar verosimilitud.

La autora escogió a Luis de la Rosa, liberal moderado, como un ejemplo de aquella generación. Para éste, la literatura se asociaba con el placer y con el estudio de lo ameno y, algo particularmente interesante, un pueblo con literatura era un pueblo culto y civilizado. Giron sostiene que la historia como hermana de la literatura trabaja con lo imaginario, pero la diferencia entre una y otra radica en que la primera reconstruye a partir de documentos y testimonios. La historia debe ser ante todo veraz y la literatura debe ser verosímil en las ficciones que inventa.

Álvaro Matute, en “Tlaxcalantongo: un acontecimiento, cuatro relatos”, sostiene que su propósito es reflexionar sobre cuatro narraciones que dan cuenta de un hecho, que fue la muerte de Venustiano Carranza. El autor agrega que un tratamiento historiográfico de tal suceso significa explicar el asunto, irse a un tiempo mediano y analizar entre otros asuntos los problemas de la sucesión presidencial de 1920. En cambio para un tratamiento literario bastan los días anteriores al asesinato y el acontecimiento, que es todo aquello que rodea al hecho. Los cuatro relatos incluidos responden a esta última caracterización.

Francisco L. Urquizo es el autor del primer relato. Era más un memorista que un historiador; sin embargo, valorando la obra en su conjunto, Urquizo se revela como un novelista “que basa su trabajo en la observación y el recuerdo [...] para recrear sucesos y personajes de la Revolución”. *México-Tlaxcalantongo* es una memoria-relato. Narra los hechos acontecidos, recreando un lenguaje y sobre todo modelando una intencionalidad que lo hacen distinto a “la parquedad necesaria” que distingue a un informe militar. “Urquizo es escritor de una historia suya, referida a la caída de un gobierno”; sin embargo, al considerar los cánones de la ortodoxia, su obra no es un texto histórico, “es un testimonio con artificios literarios”.

Por lo que se refiere al *Ineluctable fin de Venustiano Carranza* de Martín Luis Guzmán (1938), el autor de este artículo sostiene que en el texto hay menos datos sesudos, más reflexión, “atrevimientos de monólogo interior de Carranza [...] recreación literaria de lo que en Urquizo permanecía en un nivel de crónica vivencial”.

El tercer texto, que apareció veintiún años después del de Guzmán, es *El rey viejo* de Fernando Benítez. Para Matute, este relato podría ser definido como una novela histórica. Por otro lado, la aparición de la obra coincidía con el momento en que el gobierno de los Estados Unidos estaba apoyando el establecimiento de dictadores militares a lo largo de América Latina. Tales regímenes garantizarían los intereses de los grandes monopolios económicos en la región y estaban fungiendo como una barrera ante la “amenaza roja”. Para enfrentar dicha realidad resultaba conveniente enaltecer la ideología del civilismo sostenida por Carranza. Sin embargo, Matute apunta una paradoja de la historia mexicana: “el legado civilista era impuesto, lo cual violentaba la verdadera democracia [...] *El rey viejo* ejercía su derecho a abdicar en un sucesor designado por él”.

El último relato, *Camino a Tlaxcalantongo* de Ramón Beteta, fue escrito a principios de los años sesenta y literariamente expresa no sólo la distancia ideológica, sino la distancia real que podía existir entre el presidente de la República y un estudiante de leyes. La marginalidad de Beteta en 1920, pero su presencia en los acontecimientos lo ubica en una línea paralela respecto del relato de Urquizo. Al mismo tiempo, al no adoptar posición alguna frente a la disyuntiva Carranza-Obregón, se coloca en la línea de Guzmán.

El muy sugerente trabajo del literato Vicente Quirarte, *Apariciones históricas y actuaciones literarias de Tomás Mejía*, parte del hecho de que desde 1867 la figura del general Tomás Mejía ha dado lugar a un sinnúmero de relatos, poemas, recuerdos vivos por medio de la tradición oral y libros que

liberales, conservadores y posteriormente historiadores han escrito en torno a la Intervención Francesa, al imperio de Maximiliano y en particular al holocausto que se cebó en el Cerro de las Campanas. Quirarte, conocedor de la historiografía sobre el siglo XIX mexicano, se ha decidido a escribir una novela histórica sobre Tomás Mejía pero al mismo tiempo subraya: “desde mi punto de vista la mayor limitante de la novela histórica [...] es que vuelve a contarnos los sucesos, sin intervención directa de la *poiesis*, sin que el temblor del *cómo* modifique la linealidad del *qué*”. Agrega que la fantasía requiere de un grado de exigencia que permita al lector leer otra historia. Recrear sucesos que, aunque no fueron, pudieron haber sido; en este sentido Quirarte propone el siguiente borrador:

Supongamos que Tomás Mejía logra romper el cerco tendido por el ejército liberal en Querétaro y se interna con una parte considerable de su ejército en la Sierra Gorda. Con la colaboración de los indígenas serranos, hace de la región un foco de resistencia que se extiende hasta el estado de Tamaulipas y la frontera con los Estados Unidos. Sin resignarse a ser los perdedores de la guerra [civil en los Estados Unidos], grandes contingentes de soldados confederados, acantonados en Brownsville, colaboran con Mejía en su lucha contra la república.

“*In media res*. Haberes literarios de la historia” de Jorge Ruedas de la Serna es un trabajo en el que el autor sostiene que la interdisciplinaria entre la historia y la literatura, o de sus puntos de convergencia, o de sus préstamos recíprocos, es un asunto que resulta indispensable para precisar sus campos y sus circunscripciones, “en otras palabras, sus correspondientes autolimitaciones”. Frente al papel jugado por las fábulas o los mitos que son formas distintas de verdades y que además son concebidas estéticamente, la historia, para que sea historia, no necesita de la belleza. Ruedas afirma que la verdad histórica no necesariamente va con la armonía y la perfección de las criaturas de la naturaleza. La historia no se propone dar vida a sus personajes porque ello está más allá de sus límites, y agrega: “la representación viva de un personaje del pasado se produce en la imaginación y no en el entendimiento”. Citando al británico Hugo Blair, éste sostiene que la sabiduría es el final de la historia y ésta se inventó para suplir la falta de experiencia. El objeto de la historia es el de aumentar nuestros conocimientos acerca del hombre y estar en posición de juzgar por nosotros mismos de los negocios humanos. La gravedad de su estudio es su esencia y no caben en ella “los adornos frívolos, la brillantez del estilo”. Ruedas de la Serna concluye que la belleza que tiene la historia no le

es propia sino prestada de la literatura. La historia puede no ser bella pero la literatura carente de belleza deja de serlo, “o más precisamente poesía que es lo que la literatura, ante todo, debe ser.”

Las reflexiones teóricas que Eugenia Revueltas vierte en su trabajo “Las relaciones entre historia y literatura: una galaxia interminable” apuntan que el historiador tiene como objeto primario de su estudio el conocimiento histórico y, parafraseando a Arthur Danto, sostiene que el historiador al hablar sobre el pasado, al mismo tiempo lo está concibiendo. Revueltas subraya que el historiador no contempla los acontecimientos históricos, los organiza y, al mismo tiempo, los interpreta; este ejercicio constituye una de las grandes riquezas del historiador. Agrega que al interpretarse los hechos históricos, la objetividad se fragmenta y da lugar a diversas lecturas que realiza el receptor. Éste trae consigo una serie de conocimientos que posibilita su capacidad de interpretación, que no por ser personal deja de ser rigurosa. Para Danto “toda descripción interpreta y sin criterios de selección no hay historia”.

El historiador rescata los acontecimientos que más le interesan, aquellos en los que desea profundizar; asimismo como lector privilegiado escoge los que tuvieron y tienen un significado *a posteriori*, toma aquellos a los que les concede importancia en función de su valor a futuro. Para Revueltas, los historiadores más allá de recolectores de datos interpretan y, al analizar el pasado, “van encontrando nuevos universos de sentido que configuran nuevas galaxias. El caso de la literatura es similar: el creador construye y crea —él sí— nuevos universos”. La literatura y la historia “son surtidoras de una interminable galaxia” y en cada nueva lectura se encontrarán nuevos mundos explicados. Asimismo otra necesidad de conjunción entre la historia y la literatura es que ambas se preguntan por lo que hace el hombre, “de allí que surgiera esta criatura que muchos han llamado híbrida y monstruosa, que es la novela histórica”. Ésta, que nace en el siglo XIX, parte de la necesidad de *enseñar divirtiendo* de la que hablara Horacio.

Revueltas concluye que historia y literatura, objetividad y subjetividad así como dato e imaginación son los materiales con los cuales el hombre crea un universo que está ahí para ser aprehendido por los hombres, una interminable galaxia dotada de belleza y poder de persuasión que no puede permanecer ajena al ser humano.

El último artículo contenido en este libro, “Imaginar la realidad” de Fernando Curriel, es un análisis dividido en ocho apartados que tiene como base la relación entre realidad y ficción. Tal situación está presente en un escrito suyo titulado *Manuscrito hallado en un portafolios*, en el que da cuenta

de diversos acontecimientos del siglo pasado relacionados con aquellos que se tuvieron lugar en un tiempo tan cercano como es 1998.

Curiel sostiene que el historiador reconstruye y el literato intuye; el historiador maneja datos y muchos documentos, mientras que el literato, pulsiones; el historiador teje y el literato deshila. Finalmente el historiador demuestra, en tanto que el literato prestidigita. Resulta interesante su afirmación en el sentido de que la historia como ciencia es un proceso de construcción, de verdades probadas que llevan a otras; en cambio la literatura exalta la obra única e irrepetible: no existen varios *El Quijote*. Esto último constituye “un divorcio total”. El lugar de la literatura es el arte y el de la historia es la ciencia social.

Meditando en una postura, Curiel afirma que se ha desatendido la obra *El deslinde* de Alfonso Reyes, en la que su autor argumenta: “podemos decir que, cuando la mente se planta ante sus datos investigando la esencia absoluta, tenemos la teología; cuando investiga al ser, tenemos la filosofía; cuando investiga el suceder, la historia y la ciencia; cuando expresa sus propias creaciones, la literatura”.

Como parte de esta discusión entre historia y literatura Curiel pregunta, si el historiador profesional sesga y fabula, “¿cómo descalificar impunemente a novelistas de la estirpe de Guzmán, de Mariano Azuela o de Rafael F. Muñoz?” Estos hiperrealistas, desprovistos de las técnicas, métodos, instrumentos y comodidades utilizados por el historiador para recrear el acontecer también narran, y de una forma fidedigna, los acontecimientos pretéritos. Agrega: por qué creer solamente a unos si ambos, el novelista y el historiador, suplantán (por decir lo menos) la realidad.

Polemizando con José Revueltas, Curiel argumenta que la gran novela, se declare o no realista, “tiene un brazo metido en la historia en la medida que la gran prosa histórica tiene metido otro en la literatura. Aunque con diversos objetivos, una y otra reelaboran la realidad, vidas de una mediación semejante: el discurso y sus leyes”.

Silvestre VILLEGAS